

## La voz de Teresa de Jesús

Por Rosa Navarro Durán

CATEDRÁTICA DE LITERATURA ESPAÑOLA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Con motivo del cuarto centenario de la canonización de santa Teresa, Rosa Navarro Durán nos invita a un recorrido por las lecturas y las obras de la monja carmelita. Un trayecto por su prosa valiente, autobiográfica y cercana a sus lectores a los que explica sus vivencias y experiencias.

La presencia en *El Ciervo* de santa Teresa ha sido constante, pero el cuarto centenario de su canonización me abre en esta revista un postigo para asomarme con mi invitación a leerla, a escuchar su voz. El 12 de marzo de 1622 el papa Gregorio XV la declaró santa, antes de que se cumplieran los cuarenta años de su muerte.

Su voz está en sus libros y es una guía perfecta en tiempos recios por su valentía, su belleza y su originalidad. Como ella les dijo a sus hermanas carmelitas al comienzo de Camino de perfección: "Mirad, hermanas, que va mucho en esto muerta yo, que para eso os lo dejo escrito; que, con el favor de Dios, mientras viviere yo, os lo acordaré". Y les hablará de la pobreza de espíritu y del señorío que tiene "de todos los bienes del mundo quien no se le da nada de ellos". Así fue esta mujer admirable: escribía intensa y bellamente, y lo hacía para ser útil a los demás; no aspiraba a honras ni a triunfos, ni le desalentaban penalidades ni censuras.

Así comienza el Libro de la vida: "El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos, estos". Y la primera experiencia que cuenta es un anticipo de lo que haría don Quijote: "Tenía uno [hermano] casi de mi edad -juntábamonos entrambos a leer vidas de santos-, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como vía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así [...], y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio

habría para ello". Pero, aunque pinturas y grabados dan fe de que se fueron de casa para ir a tierra de moros, no fue así, como ella cuenta: "De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, puniendo unas pedrecillas que luego se nos caían". No parece, pues, que se fueran de casa como contó su biógrafo Francisco de Ribera, porque ella lo vio imposible -y es lógico-; pero sus palabras nos indican su condición de precoz precursora quijotesca al querer imitar a las heroínas de sus lecturas.

Toda la creación literaria de Teresa de Jesús es autobiográfica, porque no solo el Libro de la vida recoge trozos de vida, experiencias, reflexiones, análisis de alma, sino también lo hacen todas las demás obras. Con razón Gerardo Diego dijo: "Santa Teresa escribe, no tanto como habla, sino como es. Es escribiendo, lo es en su totalidad y unidad".

Su prosa incluye su yo y su diálogo con el Señor, pero también a sus hermanas las monjas o a su confesor, cuando a ellos está destinada. Y su yo no es sólo una persona gramatical que desempeñe el papel del narrador, sino que está reforzado por los adjetivos que se aplica y que reafirman así su condición de mujer escritora. Adquiere volumen, bulto, grosor con sus menciones a su rudeza, su pobreza, su incapacidad, y al mismo tiempo es coherente con su forma de estar en el mundo: con suma sencillez y autenticidad.

En la Visita de Descalzas, les dice a las monjas: "También mirar en la manera del hablar, que vaya con simplicidad y llaneza y relión, que lleve más estilo de ermitaños y gente retirada que no

*Sus libros son una guía perfecta en tiempos recios por su valentía y su originalidad*

ir tomando vocablos de novedades y melindres -creo los llaman- que se usan en el mundo, que siempre hay novedades. Préciense más de groseras que de curiosas en estos casos". Y ese "grosero" es el adjetivo con que califica a su estilo como dice a sus destinatarias: "quizá lo entenderéis mejor por mi grosero estilo que por otros elegantes", Camino de perfección, 26, 6. Es el estilo que usa el autor de *La vida de Lazarillo de Tormes*, como dice en su prólogo: "esta nonada que en este grosero estilo escribo", y le enseñó así el camino a Teresa para hablar de su propia vida.



Ella había leído, como cuenta, las Confesiones de san Agustín, pero su modelo para escribir no fue el gran retórico sino la declaración del pobre Lázaro, aunque la obra del obispo de Hipona fue decisiva para sentirse, vivirse a sí misma: Como comencé a leer las Confesiones pareceme me vía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí mesma con gran aflección y fatiga”, Vida, 9, 8.

La prosa de Teresa de Jesús es muy cercana a los lectores porque nada se interfiere entre ambos; el propósito de la escritora era la comunicación, y le era completamente ajena la exhibición de su condición de creadora y, por tanto, de ser persona culta, letrada, que se vincula a una tradición literaria. En el epílogo de las Moradas séptimas, Teresa expresa la satisfacción que siente al ver acabado su libro por el provecho que puede dar a sus hermanas las monjas, ofreciéndoselo como refugio espiritual en libertad: “Considerando el mucho encerramiento y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas, y no casas tan bastantes como conviene en algunos monesterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues sin licencia de los superiores podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora”.

Un episodio bíblico protagonizado por una mujer influyó muchísimo en ella, el de la samaritana (San Juan, 4, 1-42): “¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la samaritana!”, Vida, 30, 19. Cuando la mujer de Samaría le pregunta a Jesús: “Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?”, Jesús le contesta: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”, 4, 11-14. El diálogo entre la samaritana y Jesús (los discípulos se extrañan mucho al ver que está hablando con una mujer) acabará cuando él le diga que es el Mesías: “Soy yo, el que habla contigo”, 4, 26. Ella deja entonces el cántaro y se va al pueblo a contar a la gente su encuentro y animarles a que vayan a ver a Jesús: “Venid



JUAN DE LA MISERIA

Retrato de Santa Teresa sobre lienzo. Es el retrato de mayor parecido con la realidad por haber sido realizado con la misma Teresa como modelo

<http://www.umilta.net/teresavila.html> en Wikimedia Commons

a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, ¿será este el Mesías?”, 4, 29. Y muchos le hacen caso, como sigue narrando san Juan.

Teresa de Jesús, en sus Meditaciones sobre los Cantares, 7, 7, lo evoca así: “Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta a mí es ver cómo la creyeron, ¡una mujer! Y no debía ser de mucha suerte pues iba por agua. De mucha humildad, sí; pues cuando el Señor le dice sus faltas, no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades); sino díjole que debía ser profeta. En fin, le dieron crédito, y por

solo su dicho salió gran gente de la ciudad al Señor”.

Teresa, como la samaritana, va a dejar su cántaro lleno de agua viva y va a escribir sobre sus vivencias y experiencias y va a fundar monasterios para dar testimonio de lo que ha sentido, de lo que sabe. A la pobre samaritana la creyeron aun siendo una mujer, ¿por qué ella no iba a poder lograrlo? Esa es su inmensa labor de sus últimos veinte años, en los que da a los demás todo lo que ha ido atesorando en su experiencia mística y humana. Su voz nítida, bella, intensa está en sus libros; y antes de cerrar el postigo, invito de nuevo a leerla •